

EL INFIERNO [65]

8ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 13)

“Piensa en tus postrimerías y no pecarás”.¹ (Si 7,40)

Benedicto XVI, visita “ad limina” de obispos brasileños:

“(…) Queridos Hermanos, en los decenios que siguieron al II Concilio Vaticano, algunos interpretaron la apertura al mundo, no como una exigencia del ardor misionero del Corazón de Cristo, sino como un pasaje a la secularización, vislumbrando en ella algunos valores de gran densidad cristiana como igualdad, libertad, solidaridad, mostrándose disponibles a hacer concesiones y descubrir campos de cooperación. Así se asistió a intervenciones de algunos responsables eclesiales en debates éticos, correspondiendo a las expectativas de la opinión pública, pero se dejó de hablar de ciertas verdades fundamentales de la Fe, como el pecado, la gracia, la vida teologal y los novísimos. Insensiblemente se cayó en la auto-secularización de muchas comunidades eclesiales. Éstas, esperando agradar a los que no venían, vieron partir, defraudados y desengañados, muchos de aquellos que tenían. Nuestros contemporáneos, cuando vienen a estar con nosotros, quieren ver aquello que no ven en ninguna parte, o sea, la alegría y la esperanza que brotan del hecho de que estamos con el Señor resucitado. Actualmente hay una nueva generación nacida ya en este ambiente eclesial secularizado que, en vez de registrar apertura y consensos, ve en la sociedad el foso de las diferencias y contraposiciones al Magisterio de la Iglesia, sobre todo en el campo ético, ampliarse cada vez más. En este desierto de Dios, la nueva generación siente una gran sed de transcendencia”.

Ponerse en presencia de Dios

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Composición de lugar:

[65] 1º *preámbulo*. El primer preámbulo composición, que es aquí ver con la vista de la imaginación la longura, anchura y profundidad del infierno.

Petición:

2º *preámbulo*. El segundo, demandar lo que quiero, será aquí pedir interno sentimiento de la pena que padecen los dañados, para que si del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude para no venir en pecado.

El temor viene en defensa del amor...

¹ Otra traducción: “En todas tus acciones ten presente tu fin, y jamás cometerás pecado”.

“No cabe temor en el amor; antes bien, el amor pleno expulsa el temor, porque el temor entraña castigo; quien teme no ha alcanzado la plenitud en el amor”. (1Jn 4,18)

1- APLICACIÓN DE SENTIDOS

San Ignacio nos manda hacer en esta meditación lo que él llama una “aplicación de sentidos”, es decir, tratar de percibir la realidad del infierno aplicando cada uno de los sentidos (vista, gusto, olfato, tacto, oído) a esa realidad que llamamos infierno; sin inventar nada, sino tratando de palpar aquellos datos que nos dan las Escrituras.

Para esto podemos servirnos de todas las impresiones desagradables que por cada uno de nuestros sentidos han pasado en nuestra vida, y tratar de verlas, con la desmesurada intensidad con que las mismas se han de verificar en el Infierno, una quemadura, una picadura, un trago amargo, un fuerte dolor de cabeza, o de oído, o de muela (imagínense así eternamente y sin interrupción).

[66] 1º punto. El primer punto será ver con la vista de la imaginación los grandes fuegos, y las ánimas como en cuerpos ígneos.

[67] 2º El 2º, oír con las orejas llantos, alaridos, voces, blasfemias contra Christo nuestro Señor y contra todos sus santos.

[68] 3º El 3º oler con el olfato humo, piedra azufre, sentina y cosas pútridas.

[69] 4º El 4º, gustar con el gusto cosas amargas, así como lágrimas, tristeza y el verme de la consciencia.

[70] 5º El 5º, tocar con el tacto, es a saber, cómo los fuegos tocan y abrasan las ánimas [62] Tercero ejercicio es repetición del 1º y 2º ejercicio haciendo tres coloquios.

2- EL INFIERNO, UNA VERDAD REVELADA

Podría citar pasajes del A.T., pero vayamos solo a algunos pasajes del N.T. y sólo del Evangelio de San Mateo. San Juan Bautista ya habla de “*un fuego que no se apaga*” (Mt 3,12). El Señor por su parte nos enseña:

“Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos”. (Mt 5,20)

“Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. Y si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela y arrójala de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo vaya a la gehenna”. (Mt 5,29-30)

“Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo encuentran”. (Mt 7,13-14)

“Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y arrojado al fuego”. (Mt 7,19)

“No todo el que me diga, «Señor, Señor», entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán aquel Día, «Señor, Señor,

¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?» Y entonces les declararé, «¡Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad!»». (Mt 7,21-23)

“Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehena”. (Mt 10,28)

“También es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran los malos. Así sucederá al fin del mundo, saldrán los ángeles, separarán a los malos de entre los justos y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes”. (Mt 13,47-50)

“¡Ay del mundo por los escándalos! Es forzoso, ciertamente, que vengan escándalos, pero ¡ay de aquel hombre por quien el escándalo viene! Si, pues, tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida manco o cojo que, con las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida con un solo ojo que, con los dos ojos, ser arrojado a la gehenna del fuego”. (Mt 18,7-9)

Parábola del banquete de bodas

“Cuando entró el rey a ver a los comensales vio allí uno que no tenía traje de boda; le dice, «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de boda?» Él se quedó callado. Entonces el rey dijo a los sirvientes, «Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes». Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos”. (Mt 22,11-14)

Parábola del mayordomo

“Pero si el mal siervo aquel se dice en su corazón, «Mi señor tarda» y se pone a golpear a sus compañeros y come y bebe con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y en el momento que no sabe, le separará y le señalará su suerte entre los hipócritas; allí será el llanto y el rechinar de dientes”. (Mt 24,48-51)

Parábola de los talentos

“Mas su señor le respondió, «Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí; debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros, y así, al volver yo, habría cobrado lo mío con los intereses» Quitadle, por tanto, el talento y dádsele al que tiene los diez talentos. Porque a todo el que tiene, se le dará y le sobrarán; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y al siervo inútil, echadle a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el rechinar de dientes”. (Mt 25,26-30)

Juicio final

“Entonces dirá también a los de su izquierda, «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer (...) E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna”. (Mt 25,44-46)

3- REVELACIONES: SANTA FAUSTINA Y FÁTIMA

Visión de Santa Faustina Kowalska²

“Hoy he estado en los abismos del infierno, conducida por un ángel. Es un lugar de grandes tormentos, ¡qué espantosamente grande es su extensión!

Los tipos de tormentos que he visto:

-*el primer* tormento que constituye el infierno es la pérdida de Dios;

-*el segundo*, el continuo remordimiento de conciencia;

-*el tercero*, aquel destino no cambiará jamás;

-*el cuarto* tormento, es el fuego que penetrará al alma, pero no la aniquilará, es un tormento terrible, es un fuego puramente espiritual, incendiado por la ira divina;

-*el quinto* tormento, es la oscuridad permanente, un horrible, sofocante olor; y a pesar de la oscuridad los demonios y las almas condenadas se ven mutuamente y ven todos el mal de los demás y el suyo;

-*el sexto* tormento, es la compañía continua de Satanás;

el séptimo tormento, es una desesperación tremenda, el odio a Dios, las imprecaciones, las maldiciones, las blasfemias. Estos son los tormentos que todos los condenados padecen juntos, pero no es el fin de los tormentos.

Hay tormentos particulares para distintas almas, que son los tormentos de los sentidos: cada alma es atormentada de modo tremendo e indescriptible con lo que ha pecado. Hay horribles calabozos, abismos de tormentos donde un tormento se diferencia de otro. Habría muerto a la vista de aquellas terribles torturas, si no me hubiera sostenido la omnipotencia de Dios. Que el pecador sepa: con el sentido que peca, con ese será atormentado por toda la eternidad. ***Lo escribo por orden de Dios para que ningún alma se excuse [diciendo] que el infierno no existe o que nadie estuvo allí ni sabe cómo es.***

Yo, sor Faustina, por orden de Dios, estuve en los abismos del infierno para hablar a las almas y dar testimonio de que el infierno existe. Ahora no puedo hablar de ello, tengo la orden de dejarlo por escrito. Los demonios me tenían un gran odio, pero por orden de Dios tuvieron que obedecerme. Lo que he escrito es una débil sombra de las cosas que he visto. He observado una cosa: ***la mayor parte de las almas que allí están son las que no creían que el infierno existe.*** Cuando volví en mí no pude reponerme del espanto, qué terriblemente sufren allí las almas. Por eso ruego con más ardor todavía por la conversión de los pecadores, invoco incesantemente la misericordia de Dios para ellos. ¡Oh Jesús mío, prefiero agonizar en los más grandes tormentos hasta el fin del mundo, que ofenderte con el menor pecado!”

Influencia de la visión del infierno en los pastorcitos³

La influencia del mensaje de la Señora, incluido el llamado «secreto» entero, con sus tres partes, fue muy grande en los pastorcitos. Prefirieron la cárcel y aun la muerte, antes de revelarlo a las autoridades civiles que los forzaban a ello. De modo particular el «primer

² *Diario. La Divina Misericordia en mi alma*, n. 741 (Stockbridge, Massachusetts 42001), pp. 304-305

³ P. CARLOS M. BUELA, *Fátima, Y el sol bailó*, Ediciones del Verbo Encarnado, San Rafael, Argentina, 2000, p. 29ss.

secreto» –es decir, de la visión del infierno–tuvo una mayor resonancia en Santa Jacinta, la más pequeña de los tres videntes. Apenas tenía seis años cuando la Virgen le mostró el infierno. La misma Lucía destaca esto, haciendo una crítica muy interesante a aquellas personas, incluso gente piadosa, que no quiere que se hable del infierno a los niños. Basta prestar atención a lo que Lucía relata en sus *Memorias* para suponer la crítica que ella haría a todo lo que implica la «pastoral progresista» de nuestros días, que ni siquiera deja que se mencione el infierno a gente adulta.

Por eso Lucía no tiene el menor reparo en contar lo siguiente, en las *Memorias* que escribe a pedido del obispo de Fátima:

«Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo: dije ya a V. Excelencia Reverendísima, en las anotaciones que le envié, una vez leído el libro “Jacinta”, que ella se impresionaba muchísimo con algunas de las cosas reveladas en el secreto. Ciertamente era así. Al tener la visión del infierno, se horrorizó de tal manera, que todas las penitencias y mortificaciones le parecían nada para salvar de allí a algunas almas.

Bien; ahora respondo yo al segundo punto de su interrogación que, de muchos sitios, hasta aquí me han llegado.

¿Cómo es que Jacinta, siendo tan pequeñita, se dejó poseer y llegó a comprender tan gran espíritu de mortificación y penitencia?

Me parece a mí que fue debido: primero, a una gracia especialísima que Dios, por medio del Inmaculado Corazón de María, le concedió; segundo, viendo el infierno y las desgracias de las almas que allí padecen.

Algunas personas, incluso piadosas, no quieren hablar a los niños pequeños sobre el infierno, para no asustarlos; sin embargo Dios no dudó de mostrarlo a tres y una de ellas contando apenas seis años; y Él sabía que había de horrorizarse hasta el punto de, casi me atrevería a decirlo, morir de susto.

Con frecuencia se sentaba en el suelo o en alguna piedra y, pensativa, comenzaba a decir:

–¡El infierno! ¡El infierno! ¡Qué pena tengo de las almas que van al infierno! ¡Y las personas que, estando allí vivas, arden como leña en el fuego!

Y, asustada, se ponía de rodillas, y con las manos juntas, rezaba las oraciones que Nuestra Señora le había enseñado:

–¡Oh Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a aquellas que más lo necesitan!

Y permanecía así, durante largo tiempo, de rodillas, repitiendo la misma oración. De vez en cuando me llamaba a mí o a su hermano (como si despertara de un sueño):

–Francisco, Francisco, ¿vosotros rezáis conmigo? Es preciso rezar mucho, para librar a las almas del infierno. ¡Van para allá tantas!, ¡tantas!

Otras veces preguntaba:

–¿Por qué Nuestra Señora no muestra el infierno a los pecadores? ¡Si ellos lo vieran, no pecarían para no ir allá! Has de decir a aquella Señora que muestre el infierno a toda aquella gente (referíase a los que se encontraban en Cova da Iría en el momento de la aparición). Verás cómo se convierten.

Después, medio descontenta, me preguntaba:

–¿Por qué no dijiste a Nuestra Señora que mostrase el infierno a aquella gente?

–Lo olvidé, le respondí.

–También yo lo he olvidado –decía ella con aire triste–.

–¿Qué pecados son los que esa gente hace para ir al infierno?

–No sé. Tal vez el pecado de no ir Misa los Domingos, de robar, el decir palabras feas, maldecir, jurar.

–¿Y sólo así por una palabra van al infierno?

–¡Claro! Es pecado...

–¡Qué trabajo les costaría el estar callados e ir a Misa! ¡Qué lástima me dan los pecadores!
¡Si yo pudiera mostrarles el infierno!

Algunas veces, de una manera repentina, se agarraba a mí y me decía:

–Yo voy al Cielo; pero tú te quedas aquí; si Nuestra Señora te lo permitiera, di a todo el mundo cómo es el infierno, para que no cometan pecados y no vayan allá.

Otras veces, después de estar un poco de tiempo pensando decía:

–¡Tanta gente que va al infierno! ¡Tanta gente en el infierno!

Para tranquilizarla yo le decía:

–No tengas miedo. Tú irás al Cielo.

–Voy, voy –decía con paz–, pero yo quisiera que todas aquellas gentes fueran también allá.

Cuando ella, por mortificarse, no quería comer, yo le decía:

–¡Jacinta!, anda, ahora come.

–No. Ofrezco este sacrificio por los pecadores que comen más de la cuenta.

Cuando durante la enfermedad iba algún día a Misa, le decía:

–Jacinta, ¡no vengas! Tú no puedes. Hoy no es domingo.

–¡No importa! Voy por los pecadores que no van ni los domingos.

Si alguna vez oía algunas de esas palabras, que alguna gente hacía alarde de pronunciar, se cubría la cara con las manos y decía:

–¡Dios mío! ¿No saben estas gentes que por pronunciar estas cosas pueden ir al infierno?
Jesús mío, perdónales y conviértelas. Cierto es que no saben que con esto ofenden a Dios.
¡Qué lástima, Jesús mío! Yo rezo por ellos.

Y ella repetía la oración enseñada por Nuestra Señora:

–¡Oh, Jesús mío, perdónanos!, etc.»⁴.

⁴ Memoria tercera, 101–103.

Hasta aquí la Hermana Lucía. Tres niños de 6, 9 y 10 años, a quienes «todas las mortificaciones y penitencias le parecían pocas con tal de salvar a los pecadores».⁵

Sigue diciendo Lucía:

«Ya dije en las anotaciones que envié sobre el libro “Jacinta”, que ella se impresionaba mucho con algunas cosas reveladas en el secreto. Por ejemplo, con la visión del infierno, con la desgracia de tantas almas que para allá iban; la guerra futura, cuyos horrores ella parecía tener presentes, le hacían estremecer de miedo. Cuando la veía muy pensativa, le preguntaba:

–Jacinta, ¿en qué piensas?

Y no pocas veces respondía:

–En esa guerra que ha de venir, en tanta gente que ha de morir e ir al infierno. ¡Qué penal! ¡Si dejasen de ofender a Dios no vendría la guerra, ni tampoco irían al infierno!».⁶

«Tanto impresionó a Jacinta la meditación del infierno y de la eternidad, que, a veces, jugando preguntaba:

–Pero, oye, ¿después de muchos, muchos años, el infierno no se acaba?

Y, otras veces:

–¿Y los que allí están, en el infierno ardiendo, nunca se mueren? ¿Y no se convierten en cenizas? ¿Y si la gente reza mucho por los pecadores, el Señor los libra de ir allí? ¿Y con los sacrificios también? ¡Pobrecitos! Tenemos que rezar y hacer muchos sacrificios por ellos.

Después añadía: –¡Qué buena es esa Señora! ¡Y nos prometió llevarnos al Cielo!»⁷

Teniendo en cuenta todos estos testimonios, se comprende el valor de lo dicho por **Juan Pablo II** en la homilía de beatificación de los pastorcitos, recordando a la Virgen que dijo: «...**muchas almas van al infierno...**»:

«Con su solicitud materna, la santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que “no ofendieran más a Dios, nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido”. Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos: “Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, **pues muchas almas van al infierno** porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas». La pequeña Jacinta sintió y vivió como suya esta aflicción de la Virgen, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día –cuando tanto ella como Francisco ya habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama– la Virgen María fue a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: “Nuestra Señora vino a vernos, y dijo que pronto volvería a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. Y a mí me preguntó si aún quería convertir a más pecadores. Le dije que sí”. Y al acercarse el momento de la muerte de Francisco, Jacinta le recomienda: “Da muchos saludos de mi parte a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, y diles que **estoy dispuesta a sufrir todo lo que quieran con tal de convertir a los pecadores**”. Jacinta se había quedado tan impresionada con la visión del infierno, durante la aparición

⁵ JUAN PABLO II, Homilía durante la Misa de beatificación de los pastorcitos de Fátima Francisco y Jacinta, sábado 13 de mayo de 2000, *L'Osservatore Romano*, n. 20, 3.

⁶ *Memoria tercera*, 113–114.

⁷ *Memoria primera*, 30.

del 13 de julio –sigue diciendo el Papa–, que todas las mortificaciones y penitencias le parecían poca cosa con tal de salvar a los pecadores».⁸

Finalmente, se ve con cuánta razón el Papa Juan Pablo II dijo en la homilía de beatificación de Francisco y Jacinta:

«El mensaje de Fátima es un llamado a la conversión, alertando a la humanidad para que no siga el juego “del dragón”, que, con su “cola”, arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra (cf. Ap 12, 4). La meta última del hombre es el cielo, su verdadera casa, donde el Padre celestial, con su amor misericordioso, espera a todos. Dios quiere que nadie se pierda; por eso, hace dos mil años, envió a la tierra a su Hijo, a *buscar y salvar lo que estaba perdido* (Lc 19,10). Él nos ha salvado con su muerte en la cruz, ¡que nadie haga vana esa cruz!».⁹

... Ave María Purísima, sin pecado concebida.

⁸ Juan Pablo II, Homilía durante la Misa de beatificación de los pastorcitos de Fátima Francisco y Jacinta, sábado 13 de mayo de 2000, *L'Osservatore Romano*, n. 20, 3.

⁹ Homilía durante la Misa de beatificación de los pastorcitos de Fátima Francisco y Jacinta, sábado 13 de mayo de 2000, *L'Osservatore Romano*, n. 20, 3.